

Más a raíz de Brittany Maynard

(Artículo principal: **Brittany Maynard cumple con su deseo** – En Nuestro Tiempo)

La polémica sigue su curso, y el Vaticano no podía permanecer callado ante tamaño hecho. Por supuesto su reacción ha sido de condena. Pero como el "horno no está para bollos" y la popularidad de la Iglesia Católica no está en su mejor momento, las declaraciones se han convertido en "no pero si"

Así pues, por boca de monseñor Carrasco de Paula, no se condena a la persona que toma tal decisión, sino que se condena el acto en sí mismo, en un alarde de equilibrista, para mantener su visión dogmática y, a la vez, no ser objeto de acusaciones de absoluta falta de sensibilidad.

Pero lo que resultan evidentes son sus contradicciones y absurdos. Repasemos unas cuantas perlas del susodicho: *"El suicidio asistido es un absurdo porque la dignidad es otra cosa que poner fin a la propia vida", "No juzgamos a las personas, pero el gesto en sí es de condenar", "esta mujer pensó que murió con dignidad, pero ahí está el error, el suicidio no es una buena cosa, es una mala cosa, porque usted dice que no a la propia vida y todo lo que significa en comparación con nuestra misión en el mundo"*

¿Qué significa no juzgar a la persona pero condenar el hecho? Los actos humanos nacen de las decisiones de las personas. Si el acto es condenable, la decisión también, y la decisión es exclusiva de la persona. Por tanto condenar el acto es condenar a la persona que lo realiza. Si realmente no se quiere juzgar a la persona, uno debe abstenerse de valorar moralmente sus actos. Así pues, monseñor Carrasco se contradice a si mismo al afirmar una cosa y hacer la otra.

La concepción de la dignidad que tiene ese hombre es perversa. Según se desprende de sus palabras, al hecho ya de por sí trágico de la muerte (tanto para la persona afectada, como para sus allegados) hay que unirle el dolor y la degradación que supone el progreso de la enfermedad para que la muerte sea digna. ¿Padecer dolores insoportables y ver como tu cuerpo se degrada aporta dignidad a esa muerte inevitable? En mi opinión, lo que demuestran tales palabras es un alto grado de sadismo y un total desprecio por el dolor ajeno.

La última frase es de antología, de antología del disparate por supuesto. Afirmar que la afectada *"dice que no a la vida y a todo lo que significa en comparación con nuestra misión en la vida"* resulta cuando menos insultante. Estamos hablando de una persona condenada a morir. En realidad no ha tenido opción a elegir, su vida se ha acabado. Lo único que puede hacer es prolongar su agonía unos meses o terminar ya con ella. No es ella la que ha dicho "no a la vida", es la enfermedad la que le ha impuesto su fin. ¿Y qué coño es eso de "nuestra misión en el mundo"? Como siempre quienes creen en dios pretenden imponernos sus particulares conceptos trascendentes a todos en una permanente y clara falta de respeto a quienes pensamos diferente. Pero más aún, ¿Qué misión puede tener alguien que se encuentra en las circunstancias de Brittany? ¿Acaso sufrir degradación y dolor durante meses? ¿Es esa la misión a la que cree monseñor Carrasco que Brittany renunciado? ¿Qué mierda de misión es esa? A poco que escarbemos, el fanatismo religioso hace surgir las personalidades perversamente sádico-masoquistas de tales creyentes.

Pero monseñor Carrasco es solo el exponente de ese pensamiento dominado por el fanatismo, y hay que admitirlo, su imagen es relativamente moderada. Si al margen de la noticia, nos fijamos en los comentarios de creyentes que aportan su "granito de arena" a las críticas por tal decisión, el monstruo de la irracionalidad surge en todo su esplendor.

Desde quienes, asumiendo el papel de su dios, deciden que está "condenada" para la eternidad, hasta quienes aducen que cómo es posible que Brittany se considere superior a ese personaje pseudohistórico al que llaman Jesucristo (El argumento para tan absurdo cuestionamiento es que si Jesucristo aceptó los padecimientos de su crucifixión [se le supone], ella no es quien para negarse a padecer los de su enfermedad). Resulta asombrosa la cantidad de perturbados mentales que son capaces de cuestionar la libertad de los demás en nombre de sus creencias irracionales. Asombroso y preocupante, porque esas personas forman parte de nuestra sociedad y contribuyen a definirla. Si los elementos más extremos, más radicales en su fanatismo religioso, llegan a imponerse de forma mayoritaria, los modelos de sociedad democrática (aunque sea imperfecta) están condenados a su desaparición.

Una vez más recalcar la falta de respeto que, quienes así se manifiestan, demuestran al resto de las personas. Indiscutiblemente hay muchos cristianos en el mundo. Se da como válido que el 32% de la población mundial es cristiana (En alguna de sus más de 40.000 denominaciones [Sí, sí, más de cuarenta mil]. No obstante la práctica de la Iglesia Católica de considerar como católico a toda persona bautizada con independencia de su posterior evolución, hace pensar que tal proporción debería ser reconsiderada a la baja). Es evidente que hablamos de una alta proporción, pero también lo es que un 68%, o bien practica otra religión o ninguna. Así que pretender imponer los propios dogmas y figuras divinas o seudohistóricas a ese 68% es una demostración de soberbia, prepotencia y estupidez.

Es precisamente esa obcecación religiosa, esa tendencia a la imposición de sus dogmas al resto de los mortales, lo que convierte a la religión en algo tan peligroso. Si el creyente se limitara a aplicarse a sí mismo sus principios, sin pretender establecer juicios morales sobre los demás, ni imposiciones de ningún tipo, la religión no tendría por qué ser un problema. Pero la insistencia en la prédica y conversión, como imperativos implícitos de la religión, hacen prácticamente imposible la tolerancia del creyente hacia quienes piensan de forma diferente. Eso es lo que hace tan difícil y compleja la convivencia entre las distintas opciones religiosas, y de estas con quienes no profesamos religión alguna.